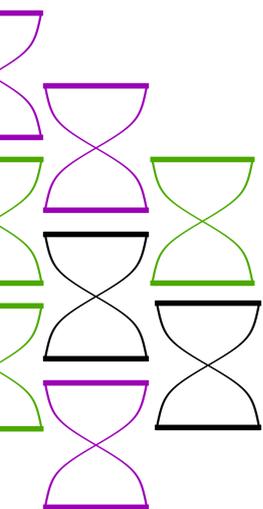
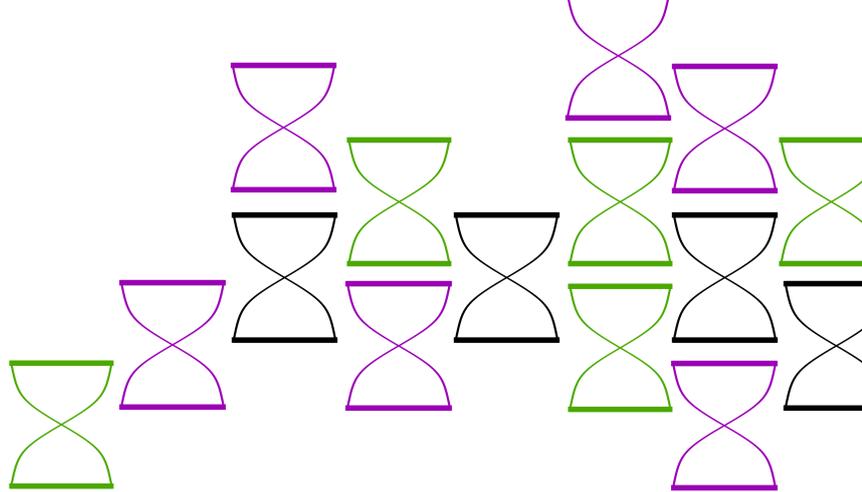
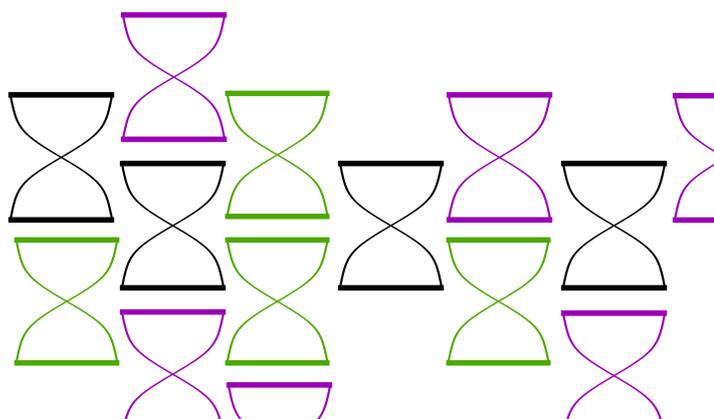


HISTORIAS
DE VIDA



SONIA SÁNCHEZ, LA PÉRDIDA Y RECUPERACIÓN DE IDENTIDAD EN CONSECUENCIA A LA APROPIACIÓN DE LOS CUERPOS

Por Candela Nahir Peña



SONIA SÁNCHEZ, LA PÉRDIDA Y RECUPERACIÓN DE IDENTIDAD EN CONSECUENCIA A LA APROPIACIÓN DE LOS CUERPOS

Candela Nahir Peña^a

^a *Universidad Nacional de Córdoba*

Sonia Sánchez es el nombre de mucho más que un cuerpo, mucho más que una etiqueta, más que una sobreviviente a trata con fines de explotación sexual, al sistema capitalista y patriarcal que atenta contra la construcción de nuestras subjetividades y se propone obtener la plusvalía de nuestros cuerpos. Su historia de vida nos muestra una realidad que es ardua pero no por eso debemos mirar para otro lado, o intentar suavizar.

Sonia es chaqueña pero actualmente reside en Buenos Aires, tiene 54 años, pero su historia comienza a los 16, momento en el que migró a la ciudad de Buenos Aires. Previamente a esto, solía realizar múltiples trabajos informales para subsistir, dado que la abrumaba la pobreza en la que ella y su familia vivían. Fue cosechera de algodón, empleada doméstica, y simultáneamente estudiaba en la secundaria -la cual tuvo que abandonar luego de un par de años porque no poseía el tiempo suficiente y necesitaba trabajar-. Cuando se mudó a Buenos Aires, nada cambió realmente; comenzó trabajando cama adentro en el Barrio de Floresta, en una casa de planta baja donde su vida precarizada consistía en: irse a acostar a la una de la mañana y levantarse a las cinco y treinta para hacerle el desayuno a sus patrones, bañar a las niñas para mandarlas a la escuela, lavar, planchar, cocinar, etc. Sólo tenía libres los días domingo por la tarde.

El diario, una espada de doble filo

Sonia sostiene *“yo tengo la cultura de la lectura... entonces me leo todo”*. Al



ser una lectora empedernida, aprovechaba esos domingos libres para leer el diario, en el cual un día se encontró con que se estaba ofreciendo más dinero a las empleadas domésticas cama adentro. Este choque de realidad, en cuanto a su situación de explotación, la llevó a pedir un aumento a su patrona, pero esta lo rechazó. Inmediatamente Sonia tomó coraje y defendió su integridad, renunciando al trabajo porque ansiaba progresar. Esto no dio problemas a sus patronas ya que, a causa de este sistema que construye pobreza y por lo tanto necesidad, a la semana tenían a una chica inmigrante nueva de su misma edad y que precisaba la paga. *“Estaban pagándole exactamente la nada, como a mí”* comenta Sonia.

También nos dice: *“Ahí entré en una realidad tan violenta como es cagarte de hambre, porque cuando migras a una gran ciudad desde tu pueblo nadie te conoce, por lo tanto, nadie podía decir que yo era una buena persona, que yo iba a fregar bien la mugre.”* Posteriormente, haciendo uso de las últimas miserias que le pagaron, pudo alojarse 15 días en un hotel muy humilde del mismo barrio, comprarse leche -la cual fue su único alimento- y guardar algo para comprarse el diario. El famoso diario que la ayudó a defenderse, en tanto persona con derechos.

Un día, luego de la odisea que era su búsqueda de trabajo, vuelve al hotel, pero le prohibieron la entrada porque ya no podía pagarlo e injustamente no la dejaron recuperar las pocas cosas que poseía. Se quedó en la calle. Fue en ese momento cuando comenzó a caminar en busca de un lugar para refugiarse, *“yo era la Gran Hermano, veía el mundo, veía la gente que corría a tomar el tren, que pasaba, pero nadie me veía, nadie me miraba a mí”* nos dice. Seguido a esto, se encontró con la plaza “Miserere” del barrio de Once, donde sobrevino la noche. Allí vivió 6 meses, sola, sin relacionarse con nadie. El miedo hizo que no pudiera dormir en toda la noche, sólo lograba descansar durante el día en el tren Sarmiento, donde sentía un poco de protección.

Sonia revolvía la basura para comer porque pedir no era algo que se animara a hacer. Ella no sabía que existían las putas, ni los varones que *se iban de putas* -los fiolos, varones prostituyentes, proxenetas, hijos del patriarcado-. Siempre veía como en la plaza cada noche se reunían mujeres, entonces un día finalmente se acercó a una mujer que le produjo empatía y ella la ayudó dándole unas monedas para que pueda ir a darse un baño y volviera. Al volver, Sonia pregunta *“¿y qué hago ahora?”* y, la mujer le responde *“nada, sentate, los varones van a hacer todo”*.

Así entró la prostitución a su vida: por falta de educación, vivienda, trabajo, salud. Muchas situaciones se escapan a su consciencia y no puede recordarlas, probablemente las más duras. Lo que nunca se olvida ni se olvidará es el dolor, la deshumanización, el salirse de sí. La cantidad de horas de violencia física,

psicológica, política. A lo largo de esos primeros días en esta vida colmada de violencia, recuerda llorar por momentos bajo la ducha que alcanzó a darse, y vuelve a tener un agujero de recuerdos de 2 semanas, y así sucesivamente. Hasta que la detuvieron -ya que, en Buenos Aires, en ese momento, castigaban con veintidós días de arresto a las putas- en una cárcel de putas creada por el Gral. Perón llamada *Asilo San Miguel*. Esta situación se repitió varias veces.

Cuando salió de uno de sus arrestos, volvió a comprar el diario con el objetivo de buscar trabajo. Como vemos, hasta ese momento esta sería su única fuente de defensa, de lucha e intento. Pero no por mucho tiempo. El diario cumplirá ahora el rol contrario y sustancial. Así encontró un anuncio que decía “Se necesita camarera. Buen pago. Río Gallegos.” junto a un número de teléfono. Rápidamente va hacia el edificio donde conoce a un señor a quien le dice que no sabía ser camarera pero que estaba dispuesta a aprender. Él le dijo que sí y al día siguiente, a las seis de la mañana, en el aeroparque Jorge Newbery estaba Sonia por tomar por primera vez un avión, con un pasaje que le iban a descontar de su trabajo. A las nueve de la mañana estaba aterrizando en Río Gallegos donde la esperaba un remisero con un cartel que decía su nombre. La llevó a un barrio que tenía dos cuadras con un *bar* al lado del otro; actualmente llamadas *casitas de tolerancia*. Traduzco: un prostíbulo al lado del otro, y todavía siguen existiendo en ese lugar. Cuando la recibieron le dieron la brusca noticia: no iba a ser camarera, sino una puta más. Dentro de ese prostíbulo eran diez mujeres de diferentes provincias que habían sido traficadas como ella. Sonia le llama “el prostíbulo vip”, ya que era el único que contaba con televisión a color y películas pornográficas. Cada habitación estaba habitada por dos mujeres, y ese era el lugar donde dormían y donde, a su vez, eran alquiladas por los varones prostituyentes. No veían el sol y las horas que podían dormir eran escasas.

Cinco días después de su ingreso a este sufrimiento de violencia diaria e intensa, recibió lo que denominan *bautismo*, que consistía en una violación masiva. Se cerraba el prostíbulo y entre veinticinco prostituyentes se turnaban para transitar un cuerpo, para violarlas. A consecuencia de esta situación enfermiza y deshumanizante, Sonia fue internada luego, a las seis de la mañana en el hospital que en la actualidad es el centro cultural llamado *Néstor Kirchner*. Ahí estuvo internada, muy lastimada. Pero también estaba aislada, “*porque a nadie le importa una puta*”, dice Sonia.

Los métodos de retención y control consistían en veinticuatro horas de vigilancia. Les vigilaban hasta el propio pensamiento. No las dejaban salir y solo tenían contacto con las otras mujeres prostituidas, así como con el proxeneta a cargo y su mujer. Estos últimos incrementaban el miedo y el castigo, llevando todo el

tiempo consigo un revolver en la cintura. Por si fuera poco, tenían un perro grande adiestrado. Había horarios para comer y para ser prostitutas -la violación duraba doce horas sin parar-, así como el control de horas reducidas de sueño. En cuanto al paso de los días, cuenta Sonia que estos no pasaban rápidamente ni lentamente, ya que se perdía toda concepción del tiempo. *“No había diferencia entre el día y la noche, porque todo era explotación sexual”*.

Al encontrarse tantas mujeres en esta situación, se pensaría que existe cierta sororidad cierta ayuda mutua, al menos en el mismo lugar, pero no. Dentro de la prostitución y la trata -que son los dos rostros de una misma moneda: la violencia- no existe la amistad ni el compañerismo, solo una pequeña asociación que enfrenta golpes, violaciones, a la policía, a la violencia de los varones prostituyentes, de los y las vecinas que te hostigan por pararte en una esquina y no saben o no quieren pensar qué hay detrás de ese *“pararse en la esquina. Amigas no hay, solo una competencia feroz donde se salva la más fuerte”*. Tampoco se tenía contención en el exterior, de hecho, cuando sobrevivió a esa prostitución masiva, llamada mórbidamente *bautismo*, y la internaron por encontrarse tan lastimada, nadie la ayudó. La aislaron en ese hospital y nadie fue un auxilio, porque era puta. Mientras no conviertan a tu hija, a tu nieta, y a tu bisnieta en puta, a nadie le importa. Las putas son la escoria, la vergüenza. *“Por suerte eso hoy está cambiando”* agrega Sonia.

Pudo decir basta a la prostitución y la trata después de una fuertísima golpiza que le dio un varón prostituyente. Se atrevió a decir no, *“porque cuando te hacen la puta de todos y de todas, debes solo obedecer”*. Mientras estaba siendo golpeada, tuvo la oportunidad de darle golpes a la puerta hasta que un conserje entró y le salvó la vida. Ocurrió algo que, aunque injusto, no era ni es sorpresa: a ella la llevaron detenida toda golpeada y el varón prostituyente volvió a su oficina como si nada. Esa fue la noche más oscura, y la que terminó siendo liberadora en su vida. Allí tomó la decisión de llamar a las cosas por su verdadero nombre, cortarse muy cortito el cabello -ya que los prostituyentes lo preferían largo- y salir a buscar trabajo. Nunca más volvería a una esquina. Su primer trabajo al salir de esta situación fue en una fábrica donde clasificaba cucuruchos. Sobrevivió a la trata -dice- porque aprendió a observar -ya que todas las personas videntes miramos, pero no observamos- y a escuchar.

Desde ese lugar, todas las tardes comenzó un largo camino a casa: el reconstruirse. Sonia habla de alquiler de identidades. Cuando fue prostituida, cuenta, alquiló muchísimas; incluso desde el mismo Estado: trabajadora sexual, mujer en situación de prostitución. Cuando te dan planes sociales, te otorgan una identidad, ya

no sos Sonia Sánchez, sos una desocupada, jefa del hogar, mujer en situación de calle, en situación de prostitución, etc. Son identidades que no salieron de vos. En un Estado neoliberal, tener una es muy difícil, porque buscan construirnos los deseos. Y cuando sos prostituida y traficada, lo perdés todo. Se quiebra tu identidad de sujeta activa de derechos y te convierten en un objeto comerciable, te pueden vender, alquilar por hora, minuto, mes, año. Al salir, debes recuperar tu voz, tu cuerpo, tus deseos, conocerlo, apropiarte. Recién hoy, dice Sonia, está aprendiendo a desear sin miedo.

Sonia nos deja con las siguientes palabras: *“Yo soy abolicionista porque soy feminista. El feminismo nació como una gran herramienta de lucha por tantas desigualdades que padecíamos -y seguimos padeciendo- las mujeres. No creo en un feminismo que lucha para regular una violencia que no solo es física, sino también económica, política, psíquica, y emocional. No creo en un feminismo que diga que mujeres pueden ser violadas y quiénes no. Yo creo que el patriarcado y el proxenetismo se meten en el feminismo cuando se pretende una regulación de estas prácticas de violencia.”*

Quienes deben ser responsabilizados de esta violencia que es la prostitución y la trata son el patriarcado y el capitalismo. No menos importante, hay mucho apoyo de los gobiernos que violan tus derechos a través de su gran fábrica de pobreza. Por lo tanto, Sonia considera que debemos enfocar nuestra mirada en el patriarcado. Porque sin varones que vayan de putas no va a haber putas, sin putas no hay prostitución, y sin prostitución no hay trata de personas. No solo los varones, sino también los gobernantes deben cuestionar sus privilegios y acciones, ya que crean la pobreza y la administran, fabrican eso que pretenden solucionar. Luchar contra este sistema prostituyente es fundamental. La base para luchar por una sociedad libre de violencia, es la educación, gratuita y laica para todas, todos y todes. Sonia lucha por una educación liberadora, que apunte a las diversas infancias, adolescencias y juventudes. Que se incentive el pensamiento, la reflexión, la crítica, pero jamás el obedecer. Deben conocer las distintas formas de violencia para poder defenderse. Por eso deben saber que prostitución no es trabajo, no se puede constituir el imaginario social en torno a esta práctica como algo que no sea violencia. Debemos crear una educación, una justicia y programas sociales con perspectiva feminista y abolicionista.

Esto nos deja un cuestionamiento muy fuerte en torno a qué militamos y qué tipo de sociedad queremos construir. Educar en torno a la prostitución como un trabajo digno es enseñar que está bien dejar que te violenten para ganar unos pesos. Tampoco constituye una solución efectiva al problema de la pobreza, solo una forma

de bajar los índices y no generar alternativas y puestos reales que estén libres de tal sometimiento. Combatir la trata de personas desde una regulación es darle la oportunidad al proxenetismo de inscribir a las desaparecidas en un sistema de tal forma que nadie pueda reclamar por su liberación. Al intentar legalizar la violencia, explotación y precarización de los cuerpos ejercida por el patriarcado y el capitalismo, estamos permitiendo que estos muevan las piezas del tablero del feminismo. Es darles el volante de un vehículo que llevará a un choque inevitable.

Candela Nahir Peña

candelanahir@gmail.com

Estudiante de la Universidad Nacional de Córdoba. En la facultad de Psicología, cursa actualmente la licenciatura. En la facultad de Filosofía y Letras, cursa la tecnicatura en corrección literaria, el profesorado y la licenciatura en Letras Modernas. Hace tiempo escribe en el ámbito literario y también en revistas culturales y políticas, de forma independiente. Más recientemente en el ámbito académico. Interesada por incentivar el pensamiento crítico y descolonizador; militante activa del feminismo abolicionista.